

# Hibridación de la ciudad

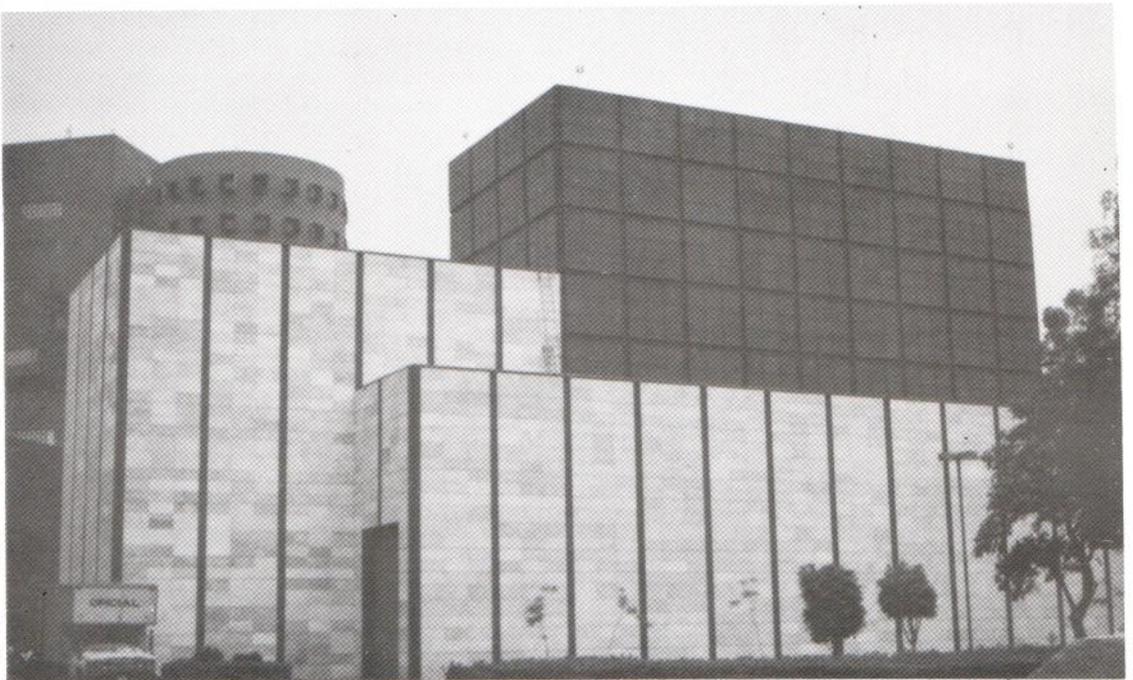
Carlos Véjar Pérez-Rubio\*

Se habla mucho de modernidad, posmodernidad y deconstrucción, de edificios inteligentes, de *high tech*, de ilustres arquitectos paradigmáticos de la contemporaneidad. Pero poco se repara en que este discurso, llevado al campo de la práctica edilicia, ha acelerado un fenómeno que debe preocuparnos: la hibridación de la ciudad, esto es, pérdida de carácter, personalidad e identidad. Al parecer, tal como Walter Benjamin dijera: "...con la ciudad ocurre lo mismo que con todas las cosas sometidas a un proceso irresistible de mezcla y contaminación: pierden su expresión esencial y lo ambiguo pasa a ocupar en ellas el lugar de lo auténtico".<sup>1</sup>

En realidad la arquitectura moderna era, en su origen, algo totalmente diferente. Preocupada por los problemas masivos de la sociedad capitalista desarrollada —la vivienda obrera y el caos urbano en primer término, la sanidad e higiene de los espacios, la economía de las construcciones y el valor de los terrenos— esta arquitectura, de líneas puras y sencillez extrema, no se identificaba definitivamente con el "gusto burgués" tradicional, anclado todavía en los *revivals*; pero en cambio estaba acorde con las nuevas exigencias, tanto productivas (la industria

de la construcción) como expresivas (una imagen al fin propia),<sup>2</sup> que planteaba históricamente el siglo XX. Los usuarios a los que en un principio estaba destinada: obreros fabriles y habitantes de los barrios marginales de las ciudades, no eran en realidad más que un pretexto, ya que en el fondo sus demandas concretas no eran ni consideradas por los nuevos arquitectos de vanguardia (salvo honrosas excepciones). No tenía caso consultarles directamente, puesto que, como Walter Gropius había señalado, eran todavía "subdesarrollados intelectualmente".<sup>3</sup> Pocas décadas pasaron para que esta nueva arquitectura, la fun-

\*Arquitecto. Director de la revista *Archi-piélago*.



Estilos mezclados en la gran ciudad.



¿Egocentrismo arquitectónico?

cionalista, se impusiera en las metrópolis europeas así como en Estados Unidos, y se exportara enseguida al resto del mundo con el nombre de *Internacional Style*, que le dieran Henry-Russell Hitchcock y Philip Johnson en aquella exposición del MOMA neoyorquino de 1932, dando así inicio a un nuevo y vasto proceso de homologación cultural primermundista<sup>4</sup> y de hibridación de la ciudad.

En el caso de México, de la defensa de nuestra identidad nacional y los intereses concretos del usuario, así fuera éste un simple obrero o campesino, Carlos Obregón Santacilia evoca en su libro "Cincuenta años de arquitectura mexicana" un caso que vale la pena reproducir:

"En 1947 vino un arquitecto norteamericano a querer asombrarnos con casas de concreto semiesféricas, construidas con un molde de hule que se inflaba. Entonces escribí lo siguiente: Veremos si nuestra clase más humilde y más necesitada de vivienda, aquella que hoy vive en el jacal, el amontonamiento de piedras y tabiques sin pegar y techo de láminas, o en el cuarto redondo, en cuya entrada pintada de vívidos colores tiene, por lo menos, un escalón de piedra desgastada, una maceta con yerbas medicinales o flores y una jaula de carrizo con un pájaro; veremos si todo esto lo deja para vivir en un iglú como los que habitan los esquimales, pero de concreto... Y no me equivoqué, los iglúes de concreto no prosperaron".<sup>5</sup>

Concretemos. Ejemplo de hibridación en la ciudad de México es el Paseo de la Reforma; en camino de dejar de ser paseo para convertirse en eje vial

primermundista, aplastando historia y paisaje, símbolos y tradiciones, estructura urbana, ecosistema, estética, lógica formal. Más ejemplos: La Ciudad de las Artes, en donde alguna vez estuvo la Cineteca Nacional, por Río Churubusco. En un arrebató egocentrista, algunos arquitectos mexicanos pretendieron consagrarse gestando una obra en el tercer mundo, que no es más que deslavada parodia de aquellas que los arquitectos famosos del primer mundo siembran a diario en sus países de origen, centros del poder económico y cultural contemporáneo. Este conjunto de edificios muestra, además de importantes deficiencias

funcionales, un despilfarro del espacio y una híbrida imagen formal que ha merecido el escarnio popular.

Santa Fe, ese desarrollo ubicado al final del Paseo de la Reforma, a la salida de la carretera de Toluca, es el otro ejemplo notable. Un muestrario de edificaciones deslumbrantes para los negocios nacionales y transnacionales a realizarse en este paraíso neoliberal: México y su orgullosa capital. En realidad, conjuntos como éste, no hacen más que confirmar que en el territorio nacional coexisten varios "Méxicos", marcados por profundas diferencias y desigualdades que la arquitectura y el urbanismo expresan bien.

Esa influencia "internacional" en la arquitectura mexicana, de la que hemos hablado, no es característica exclusiva de los fraccionamientos que habitan nuestras clases medias o de los barrios ostentosos de la burguesía o de los espectaculares desarrollos del Estado. No. El ejemplo ha cundido y podemos advertir ya barruntos de la penetración cultural transnacional en las barriadas tradicionales del centro de la ciudad, en los suburbios y en la periferia. Habrá quien sostenga que estas manifestaciones arquitectónicas están contaminadas solamente en los aspectos plásticos, formales. Posición insostenible. ¿Quién no ha advertido los nuevos espacios que se generan desde hace tiempo en la vivienda popular? La cocina, por ejemplo, es comunicada por una barrita al mejor estilo yanqui con el comedor, sin reparar en que los norteamericanos son un pueblo híbrido por excelencia, que suele comer *sandwiches*, *hot-dogs* y hamburguesas (o platillos

aplastados que calientan apresuradamente en asépticos hornos de microondas, que nuestras clases populares difícilmente pueden adquirir).

La arquitectura se genera a partir de los hábitos sociales y familiares, de las necesidades concretas de cada una de las actividades que el hombre realiza cotidianamente. Y muchas de esas necesidades, en el mundo contemporáneo, son inducidas por los medios masivos de comunicación al servicio de la sociedad de consumo. Es así que ahora se demanda un *family room* en la casa para que la familia se enajene con la televisión (y/o la computadora). O un centro de lavado para el equipo doméstico tecnificado y sofisticado. En México desapareció desde hace tiempo del programa arquitectónico el patio, centro de convivencia y esparcimiento. Se reducen al mínimo (o desaparecen también) los tenderos. Se transforma el concepto de estar, el de comer y aun el de dormir, por no decir el de amar (si pensamos que ahora es inconcebible una recámara matrimonial sin un aparato de televisión frente al lecho conyugal). Todo ello repercute, naturalmente, en el aspecto de la ciudad, incluyendo a la estética y carácter de las construcciones. Se diluye así, en forma cada vez más acelerada nuestra identidad. En realidad, se trata de un problema cultural, como bien lo dice Ernesto Velasco León: "El respeto a nuestras formas de vida más íntimas (cultura), lejanas o cercanas, conduce a la construcción de lo trascendente; lo demás es efímero como las modas producto de la copia, traducción simultánea del exterior, ajenas a nuestro sentir, a nuestras necesidades y a nuestro cuerpo social".<sup>6</sup>

Interesante es dilucidar el porqué nuestras ciudades han evolucionado urbanística y arquitectónicamente hacia la hibridación, hacia la pérdida de identidad. El problema no es sólo de forma, sino de fondo. Vale la pena citar aquí las palabras de Carlos González Lobo, siempre preocupado por estas cuestiones: "La arquitectura, en la realidad actual, oscila entre la producción de objetos monumentales y simbólicos, como expresión del poder dentro de la cultura de la clase dominante; y la producción masiva de espacio habitable, que como mercancía se dirige a un usuario potencial (y cauti-

vo), que a través del consumo, reproduce la ideología del grupo dominante a la vez que desarrolla el ciclo económico de la acumulación capitalista. En este campo 'arquitectónico', se desarrollan las teorías, críticas e interpretaciones históricas que nos forman y condicionan como arquitectos, usuarios y promotores (...) Pero, al margen de esta arquitectura, existe una producción de espacio habitable 'otro', precario, desordenado, en proceso de irse haciendo permanentemente, que está al menos ignorado por la teoría arquitectónica establecida, pero en él habita (su vida, sus ilusiones y sus luchas) la mayoría de la raza humana"<sup>7</sup> ●

#### Notas:

- <sup>1</sup> Benjamin, Walter. *Dirección única*. Alfaguara. Madrid: 1988, p. 34.
- <sup>2</sup> López Rangel, Rafael. *Contribución a la visión crítica de la arquitectura*. UAP. México: 1977.
- <sup>3</sup> Wolfe, Tom. *From Bauhaus to Our House*. Farrar Straus Giroux. New York: 1981, p. 15. De allí —afirma Wolfe— que el interés de Gropius en "el proletariado" o el "socialismo" tornara a ser puramente estético y formal, una moda de la época.
- <sup>4</sup> No debe perderse de vista que el *Museum of Modern Art* de Nueva York se había fundado en la sala de la mansión de John D. Rockefeller Jr., y contaba entre sus patronos a varios de los más importantes multimillonarios norteamericanos. Ver: Wolfe, Tom: *op. cit.*, p. 41.
- <sup>5</sup> Obregón Santacilia, Carlos. *Cincuenta años de arquitectura mexicana (1900-1950)*. Patria. México: 1952, p. 67.
- <sup>6</sup> Velasco León, Ernesto. *Cómo acercarse a la arquitectura*. Limusa Noriega. México: 1990, p. 111.
- <sup>7</sup> González Lobo, Carlos. *Vivienda y ciudad posibles*. ESCALA-UNAM. Bogotá-México: 1998, p. 38.



Arquitectura a partir del entorno social.